
Entrada libre

Pincelada biográfica. Siete años con Carranza

Francisco L. Urquizo

Tomado de *Casa de Coahuila. Revista Cultural*, año V, núm. 29, enero-junio de 1969.

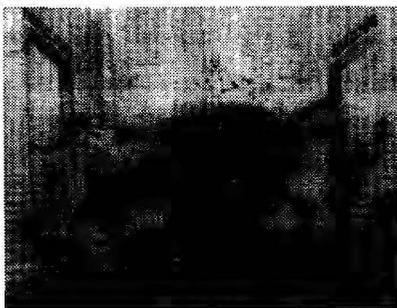
Perdóneseme que para acreditar mi solvencia para hablar, digo que fui revolucionario maderista en la Segunda División del Norte que comandaba el general don Emilio Madero, más particularmente, milité con los coroneles Sixto Ugalde y Orestes Pereyra, llegando a ser capitán primero.

Cuando don Francisco I. Madero fue presidente de la república, me trajo al Escuadrón de Guardias de la Presidencia como subteniente; estuve ahí hasta pasada la Decena Trágica y una vez consumado por Huerta el asesinato de Madero y Pino Suárez, con miles de trabajos y vicisitudes, fui a incorporarme con don Venustiano Carranza, gobernador de mi estado natal: Coahuila, y primer jefe del Ejército Constitucionalista.

El día primero de abril de 1913, me incorporé al señor Carranza, en su Cuartel General establecido en Piedras Negras; estuve en su Estado Mayor y en diversas comisiones militares, todas con mando de fuerzas, hasta su muerte el 20 de mayo de 1920.

Piedras Negras, Coah., era el Cuartel General de la revolución, en los principios de la lucha contra Huerta; en el asta-bandera del edificio de la aduana fronteriza, ondeaba el gallardete rojo y blanco que demostraba de una manera ostensible el mando de las fuerzas. Aquella señal roja y blanca era idea del teniente coronel Jacinto B. Treviño, jefe del Estado Mayor del primer jefe del Ejército Constitucionalista, y mía también, capitán primero del propio Estado Mayor. Los colores expresados de la banderola eran los prevenidos en el Reglamento para el Servicio de Campaña del Ejército, como señal correspondiente al general en jefe de un cuerpo de ejército. Creíamos Jacinto y yo, que las nuevas fuerzas llegarían, con el tiempo, a tener el número suficiente de hombres para constituir un cuerpo de ejército. Usábamos los miembros del Estado Mayor del primer jefe, brazales en el antebrazo izquierdo, con los mismos colores del gallardete.

Don Venustiano había llegado a Piedras Negras después de haber atacado, con mal éxito, la plaza de Saltillo y de lanzar, a su paso, por la hacienda de Guadalupe el famoso Plan que dio forma al movimiento revolucionario de 1913.



Reelección

Había calma en las operaciones militares. Se dominaba toda la parte norte del estado de Coahuila: desde la estación del ferrocarril, denominada Espinazo, hasta Piedras Negras. El grueso de las fuerzas, unos trescientos hombres al mando del coronel Pablo González, se encontraba en Monclova. El coronel Jesús Carranza expedicionaba hacia el rumbo de Laredo y Lampazos, con unos doscientos hombres; al teniente coronel Lucio Blanco, con otros doscientos, se le había mandado a revolucionar en el estado de Tamaulipas y el teniente coronel Francisco Coss operaba en las cercanías del estado de Coahuila.

Don Venustiano había llegado a Piedras Negras después de haber atacado, con mal éxito, la plaza de Saltillo y de lanzar, a su paso, por la hacienda de Guadalupe el famoso Plan que dio forma al movimiento revolucionario de 1913.

Los federales, a las órdenes de Mass, se preparaban seguramente para salir de Saltillo sobre nosotros y, a la vez, en nuestro bando nos preparábamos, no solamente a la defensa, sino a organizar y difundir la revolución en todo el país.

Llevábamos una vida tranquila de pueblo; no parecía que hubiera revolución. Nuestro alojamiento estaba en el mismo Cuartel General; ahí teníamos nuestros catres de campaña. A temprana hora, antes de salir el sol, nos despertaba Secundino Reyes, el asistente de don Venustiano, llevándonos sendas tazas de café caliente. Salíamos a hacer un recorrido a caballo por los alrededores. Regresábamos a la hora de almorzar para tomar el consabido chorizo con huevo y tortillas de harina de la frontera.

Después, a hacer oficios dando instrucciones, órdenes de movimiento, autorizaciones para reclutar gente, proclamas, manifiestos, nombramientos, telegramas en clave, conferencias telegráficas del primer jefe con sus subalternos destacados a larga distancia o entrevistas con las escasas personas que iban a visitarlo.

Al mediodía, generalmente, comíamos en la fonda de una señora viuda, española: Doña María, madre de cuatro o cinco niñas y cuyo establecimiento se encontraba ubicado en la calle principal de la población. Hacíamos el recorrido a pie desde la aduana a la fonda, acompañando a don Venustiano las cuatro o cinco personas que le servíamos de ayudantes. Solía charlar él con la señora y con las niñas a quienes paternalmente acariciaba.

Comíamos en santa paz, como si fuéramos una familia; pagaba don Venustiano el consumo que se hacía, echando mano a su cartera y extrayendo de ella un billete cuidadosamente doblado; recibía el dinero sobrante y apuntaba con todo cuidado, en un pequeño librito, el gasto hecho.

Nuevamente a la aduana a trabajar hasta la noche; después merienda frugal; una o dos vueltas por la Plaza de Armas y a descansar hasta el día siguiente.

En aquellos días hicimos, el teniente coronel Jacinto E. Treviño y yo, algunas cosas de provecho dentro de la organización del nuevo ejército: formulamos, de memoria, pues no teníamos libro alguno a la mano, una pequeña Ordenanza para el Ejército Constitucionalista. Sería curioso encontrar algún ejemplar de ese folleto que apenas tendría unas treinta páginas de reducido tamaño. Formulamos los decretos por los cuales se admitía en el seno del ejército a los militares

ex maderistas o federales, siempre que se presentaran éstos dentro de los treinta días siguientes a aquella fecha. Hicimos el escalafón de jefes y oficiales y pusimos en vigor una disposición, que nos firmó el primer jefe, creando nuevas insignias para la oficialidad constitucionalista. Fue aquella una innovación digna de mencionarse: se disponía que las insignias para los grados militares se usaran únicamente en las mangas de las guerreras o chaquetines y que no fueran ya de galones o espiguillas, sino únicamente estrellas pequeñas de cinco picos, doradas o plateadas, según el arma. Los subtenientes llevaban una estrella; los tenientes dos; los capitanes tres alineadas; los mayores una estrella más que los capitanes, colocada encima de las tres de ellos; los tenientes coroneles llevaban cinco estrellas y los coroneles, seis.

En realidad, eran muchas estrellas para los tenientes coroneles y coroneles, pero esta cuestión de estética no nos preocupaba mucho, porque no abundaban las modas ni nunca creíamos que pudiera haber tantos jefes como resultaron después, al correr el tiempo.

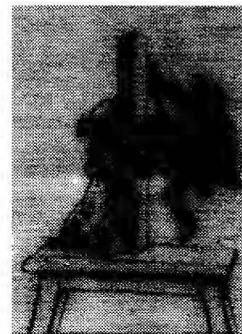
Empezó a tener buen éxito el movimiento revolucionario. Supimos que Sonora, como un solo hombre, se volvía en contra de Huerta y los nombres de aquellos compañeros fueron familiares desde entonces para nuestros oídos: Obregón, Pesqueira, Maytorena, Calles, Cabral, Diéguez, Hill, Bracamontes.

Por otra parte, volvíamos a saber de antiguos colegas de Novecientos diez, más tarde comandantes de Cuerpos Rurales, que desconocían a Huerta y sus fuerzas y se lanzaban a la lucha en contra de él: Cándido Aguilar, el primer general de la Revolución, con sus valientes del Treinta y Ocho; Millán, Alberto Palacios, Portas, Guadalupe Sánchez; Jesús Agustín Castro con su Veintiuno y sus oficiales Nafarrete, Nafarrete y Jiménez Méndez; Orestes Pereyra con sus Veintidós y sus hijos Oreste y Gabriel; Calixto Contreras y los hermanos Arrieta en Durango; Iturbe en Sinaloa; Gertrudis Sánchez en Michoacán, y algunos más que escapan a mi memoria.

Sólo estando apartado de la vorágine se puede apreciar la intensidad de ella; sólo cuando amaina el vendaval es dable conocer la magnitud que tuvo; sólo cuando las circunstancias o los años nos apartan un tanto del curso inicial de nuestra vida activa, es cuando podemos apreciar de una manera prudente los actos buenos o malos de que fuimos testigos o actores, en un tiempo pasado, no muy lejano.

Quizás ahora, ya a distancia de los hechos ocurridos al principio de la lucha, pudieran aparecer a los ojos de la gente nueva o de la que pudo conservarse al margen de la contienda, como faltos de piedad y abundantes, en grado sumo, de crueldad innecesaria. Siempre las cauterizaciones fueron dolorosas; luchaban hombres contra hombres, pasiones contra pasiones. La Revolución la hicieron los de abajo, el pueblo humilde, trabajador, inculto; fue un impulso soberano de la mayoría en contra de una casta encumbrada merced a la audacia y la falsía de unos cuantos impuros. La sangre de Madero, el bueno, el inmaculado, el apóstol, clamaba venganza; la sangre pedía sangre y corría ésta en abundancia; murieron quienes tenían culpa y quienes no la tenían, los que por gusto fueron a buscar el arma libertaria

La Revolución la hicieron los de abajo, el pueblo humilde, trabajador, inculto; fue un impulso soberano de la mayoría en contra de una casta encumbrada merced a la audacia y la falsía de unos cuantos impuros. [...] murieron quienes tenían culpa y quienes no la tenían, los que por gusto fueron a buscar el arma libertaria y los que enganchados por la leva fueron a oponer sus pechos ante el fuego justiciero; murieron también inocentes; hubo latrocinios, violaciones, abusos sin cuenta de una y otra parte.



Reelección

La guerra es pasión y es, asimismo, abnegación; para matar es preciso consentir en que se puede morir; la guerra es destrucción: matar, disparar, incendiar, demoler todo, causar terror y llegar finalmente a la victoria.

y los que enganchados por la leva fueron a oponer sus pechos ante el fuego justiciero; murieron también inocentes; hubo latrocinios, violaciones, abusos sin cuenta de una y otra parte; la piqueta que derriba un edificio achacoso para levantar otro nuevo en su lugar, no puede respetar tal o cual parte del material del mismo que aparentemente aún está en buen uso; el fuego que purifica una herida ponzoñosa quema también la parte de la carne sana que la circunda. Las pasiones siempre cegaron a los hombres y nunca fueron los juiciosos, los viejos o los acomodados los que hicieron las revoluciones en parte alguna. Unida a la acción fue siempre la pasión y la pasión nació de la fe; unido al crimen fue siempre el castigo.

La guerra es pasión y es, asimismo, abnegación; para matar es preciso consentir en que se puede morir; la guerra es destrucción: matar, disparar, incendiar, demoler todo, causar terror y llegar finalmente a la victoria.

Don Venustiano, militarmente, fue un genio organizador. Al conjuro de sus palabras brotaban los soldados del pueblo y lo siguieron a la lucha con entusiasmo y con fervor. Se sentía el peso de su recia personalidad, su espíritu fuerte, la suprema autoridad que emanaba de su persona; impulsaba, y al mismo tiempo modelaba, con energía, a aquel naciente Ejército Constitucionalista, cuyo pie veterano fueron las fuerzas de Coahuila y de Sonora y el proletariado organizado bajo el mando sindical de la Unión Minera Mexicana, que a su llamado había abandonado los negros tiros de las minas de carbón, el constante peligro de las explosiones del gas grisú, allá, bajo el suelo, para formar falanges guerreras y marchar a batir el deshonor, poniéndole el pecho sano, los músculos endurecidos y todo el aplastante peso de sus convicciones.

Ésa era la simiente propicia que Carranza hacía crecer paulatina, pero constantemente. Día a día llegaban los que habían sido revolucionarios en 1906 y 1910; los pobres del campo y los pobres del taller. La sola fuerza de la personalidad de don Venustiano Carranza lograba el milagro de germinar virtudes militares sólo logradas en los ejércitos a fuerza de educación profesional técnica previamente impartida, sin que hubiera tiempo ni para entrenamiento, ni para escuela; sin que existiera rigor, ni siquiera hubiera el incentivo del sueldo diario.

Amaba las cosas militares; veía a los soldados con cariño y se interesaba por sus asuntos; se satisfacía visitando los cuarteles o los campos de maniobras y sin pretender ser militar, fue un general notable, fecundo en magnas concepciones estratégicas.

Él era quien planeaba las grandes operaciones del Ejército Constitucionalista cuando éste fue integrado por poderosos cuerpos de ejército y aguerridas divisiones.

Señalaba los objetivos, precisaba la cooperación de las fuerzas, indicaba caminos y, especialmente, cuidaba de los abastecimientos. El buen éxito de la mayoría de las operaciones se debió al cerebro del ejército que era don Venustiano Carranza.

Tácticamente fue un desafortunado. Era un valiente, pero la suerte nunca lo acompañó. Aparte de las victorias de Candela, Coah., y de Rinconada, Pue., sus combates fueron desastrosos.

Desde que dio principio la Revolución de 1913, hasta su muerte, no hubo un solo día de absoluta paz en la república y, por ello, Carranza palpó la necesidad imperiosa de tener un aprovisionamiento seguro de armas y municiones producidas en el país.

Era el extranjero quien hasta entonces ministraba los elementos de combate a las tropas del gobierno o a las facciones contendientes, por lo que nuestros asuntos interiores estaban, de hecho, en manos y al arbitrio de nuestros interesados proveedores.

Puso todo su empeño en que el país produjera todo el material de guerra suficiente para las necesidades militares actuales y de lo porvenir y creó primero e impulsó después, los Establecimientos Fabriles Militares.

...Hay que fabricar nuestras propias armas y municiones —decía Carranza—, si no queremos que nuestros asuntos interiores los decidan los que nos las proporcionan...

No solamente llegó a hacer factible la fabricación de armas y municiones en el país, sino que su entusiasmo lo llevó hasta lograr que pudieran construirse también aeroplanos, creando por primera vez en México, la nueva e importante arma aérea del ejército.

Corresponde a don Venustiano Carranza el mérito indiscutible de haber puesto las bases de una verdadera industria militar mexicana. Con fecha 16 de octubre de 1916, expidió un decreto ordenando la creación del Departamento de Establecimientos Fabriles y Aprovisionamientos Militares.

Se procedió a la adquisición de maquinaria para instalar una fábrica de armas portátiles y otra de municiones de pequeño calibre y para mejorar el rendimiento de la Fábrica de Pólvora sin humo. También se adquirió maquinaria para la fabricación de proyectiles de artillería de 80, 75 y 70 milímetros, y para la reparación del material de artillería y de la maquinaria instalada en las diversas fábricas.

Por otra parte y como consecuencia de esa labor que se iniciaba, se crearon la Fábrica de Vestuario y Equipo y la Planta Nacional de curtiduría.

Se anexaron al Departamento los incipientes Talleres de Aviación y los Almacenes de Armamento y Municiones.

Cuando nuestra historia patria analice los resultados que se obtuvieron por medio del magno movimiento revolucionario contemporáneo, tendrá que anotar en sus páginas, ajenas, como deberán ser, a toda pasión política, el esfuerzo y patriotismo desplegados por el caudillo de la Revolución, don Venustiano Carranza, al cimentar debidamente en el país el desarrollo de las industrias militares e impulsarlas, también debidamente desde su iniciación.

Tomó especial empeño en que fuera iniciada en el país, la industria de la fabricación de aceros especiales y ordenó la adquisición de un horno eléctrico, que fue instalado en la Fundición Nacional de Artillería. Por razones que no son del caso, no hubo un buen éxito en los trabajos emprendidos con ese fin.

Cuando nuestra historia patria analice los resultados que se obtuvieron por medio del magno movimiento revolucionario contemporáneo, tendrá que anotar en sus páginas, ajenas, como deberán ser, a toda pasión política, el esfuerzo y patriotismo desplegados por el caudillo de la Revolución, don Venustiano Carranza, al cimentar debidamente en el país el desarrollo de las industrias militares e impulsarlas, también debidamente desde su iniciación.



Las citas a media noche.

Por encima de los grandes intereses extranjeros radicados en la zona petrolera de las Huastecas, sentó la revolucionaria conquista de que el subsuelo pertenece a la nación y, por ende, el petróleo y demás minerales que de él se extraigan. La lucha fue fuerte y recia. Grandes intereses extranjeros se sentían afectados. Al fin, la enérgica, pero justa terquedad de Carranza, logró vencer.

Don Venustiano tenía el convencimiento de que por el esfuerzo de los elementos nacionales se llegaría a dominar las industrias militares y rechazaba con verdadero disgusto las insinuaciones que se le hacían para ocupar elementos extranjeros o comprar material de guerra elaborado fuera de nuestra república.

En lo que hace a recursos pecuniarios, jamás acudió a otras fuentes que las nacionales. Jamás pidió ni aceptó prestado un solo centavo al exterior, ni tampoco obtuvo, siquiera por concepto de adelanto de contribuciones, dinero de empresas o negociaciones que hubieran podido coartar su libertad de acción.

Se agigantaba el hombre cuando lo sacudía el patriotismo y más cuando tuvo que tratar asuntos internacionales. He aquí, sucintamente, los hechos más relevantes y principales:

Protesta con energía y se apresta a la lucha en contra de los norteamericanos, cuando éstos, provocados por Victoriano Huerta, desembarcan y ocupan el puerto de Veracruz. Ya aniquilado Huerta, las fuerzas constitucionalistas llegan a Veracruz y Carranza exige y consigue la desocupación del Puerto y está dispuesto a ocuparlo por la fuerza de las armas.

Se revela hábil diplomático en el sonado caso del inglés Benton, asesinado por Villa cuando éste todavía militaba en las fuerzas constitucionalistas.

Sorteó la reclamación que formulaban los Estados Unidos por encargo de Inglaterra y aprovechó la oportunidad para pedir que fuera directamente la Rubia Albión, que había reconocido al gobierno de Huerta, la que se dirigiera a él. Este gesto de Carranza puso de manifiesto ante el mundo, que la Revolución mexicana repudiaba para sus cuestiones diplomáticas el conducto forzoso de los Estados Unidos. Con este gesto, Carranza echó por tierra la decantada "Doctrina Monroe".

Protesta y lucha en contra de la expedición llamada "Punitiva" del general Pershing cuando invadió el norte de Chihuahua en persecución de Villa, quien en un acto salvaje asaltó al pueblo norteamericano de Columbus.

En el caso de Jenkis, cónsul norteamericano en Puebla, autoplagiado con el deliberado objeto de buscar dificultades internacionales a México, Carranza sentó el precedente de que ningún extranjero está exento de la jurisdicción de los tribunales mexicanos y que la protección diplomática no puede llegar más allá que a vigilar que se cumplan las leyes procesales, pero no a cubrir con fuero alguno a los extranjeros residentes aquí.

Por encima de los grandes intereses extranjeros radicados en la zona petrolera de las Huastecas, sentó la revolucionaria conquista de que el subsuelo pertenece a la nación y, por ende, el petróleo y demás minerales que de él se extraigan. La lucha fue fuerte y recia. Grandes intereses extranjeros se sentían afectados. Al fin, la enérgica, pero justa terquedad de Carranza, logró vencer.

México es libre para derogar o modificar sus leyes, las cuales sin efecto retroactivo o aunque lo tengan, si son de orden público, tienen que ser obedecidas por los extranjeros, quienes deben acomodar sus actividades a nuestras leyes en vez de usar la in-

fluencia de sus gobiernos para forzar a México a adoptar la legislación que a ellos les convenga...

Durante la guerra mundial y de acuerdo con el sentimiento unánime del pueblo, México, representado por Carranza, permaneció neutral, pues de no haber sido así, se hubiera visto subordinado a los Estados Unidos en todos sus aspectos. Carranza, despreciando las intrigas que lo acusaban de germanófilo, despreciando las halagadoras ofertas del poderoso vecino, prefirió que su pueblo siguiera siendo libre. No quiso aliarse a los Estados Unidos, porque con ello habría puesto en peligro nuestra soberanía.

Sería necesario un volumen amplio y completo para poder narrar con detalle todos los incidentes internacionales que resolvió don Venustiano Carranza, siempre basado en el más puro y elevado patriotismo.

Si por otros conceptos no hubiera conquistado don Venustiano Carranza el más genuino derecho a la inmortalidad, bastaría sólo para ello con la conducta que asumió en el tremendo caso de Santibáñez. Si Carranza ya era un gran hombre, allí se superó todavía su grandeza. Desgarró su propio corazón, se amargó su alma en aras de la causa revolucionaria que tenía en sus manos. El general Alfonso Santibáñez, que militaba en las filas carrancistas bajo el mando inmediato del general de Brigada don Jesús Carranza, hermano menor del primer jefe, en un acto de traición inconcebible, aprehendió a don Jesús, a su hijo, a su sobrino, al Estado Mayor y a la escolta, cuando pasaban por San Gerónimo, de regreso de Salina Cruz.

El traidor trató de comerciar su crimen y pretendió exigir, a cambio de la libertad de sus prisioneros, pertrechos de guerra, dinero y retractaciones del primer jefe.

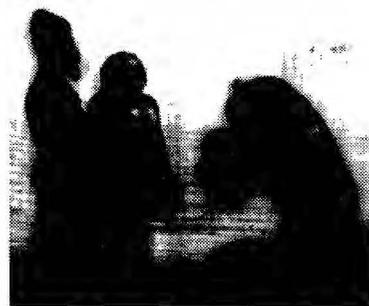
A nada cedió Carranza. Estoicamente cerró su corazón a toda influencia emocional, a todo sentimentalismo. Contrajo sus nervios a todo dolor y se dispuso a esperar el desenlace fatal. Aquella amarga jornada la tradujo el primer jefe en breves palabras.

Mi deber de primer jefe de la Revolución me obliga a no transar con bandidos, cualesquiera que sean los sacrificios personales y las amarguras que tenga que sufrir. Si mis hijos estuvieran en el lugar de mi hermano y sobrino, observaría la misma conducta, ahogando mi dolor...

Sólo Guzmán el Bueno, arrojando su puñal a los musulmanes desde las murallas de Tarifa para que matasen a su propio hijo antes que consentir en rendir la plaza a su cuidado, es comparable a Venustiano Carranza en tan dura prueba.

No solamente él concebía y ponía en práctica las grandes operaciones militares y organizaba los cuerpos de ejército y divisiones, sino que pudo, dentro de la misma lucha armada que nunca le faltó, siendo primer jefe del Ejército Constitucionalista primero y presidente de la

Sería necesario un volumen amplio y completo para poder narrar con detalle todos los incidentes internacionales que resolvió don Venustiano Carranza, siempre basado en el más puro y elevado patriotismo.



A los papachos hijos míos.

Son los grandes intereses militares los que llevan a las naciones a la guerra y mientras esos intereses existan, la guerra será constante amago a la humanidad.

república después, crear la Academia de Estado Mayor, primer establecimiento docente militar del nuevo ejército, base que fue del actual Colegio Militar; creó la Escuela Médico Militar que antes no existía, las escuelas de Tropa y dio realce a la Marina Nacional, haciéndola verdaderamente mexicana.

El 29 de noviembre de 1915, lanza, en Matamoros, Tamps., un discurso que, unido al que el día 26 de diciembre del propio año pronunció en San Luis Potosí, constituyen lo que más tarde habría de ser la "Doctrina Carranza".

El contenido moral, político e ideológico es una clarinada de respeto y de justicia para todo el universo. Es la insinuación, perfectamente indicada, de urgentes reformas para la legislación universal.

Las castas privilegiadas, ya sean de propios o de extraños desaparecerán. El individuo que va de una nación a otra, no debe tener más garantías ni más derechos de los que tienen los nacionales. Reinará sobre la tierra la verdadera justicia, cuando cada ciudadano, en cualquier punto que pise del planeta, se encuentre bajo su propia nacionalidad.

...Las leyes deben ser universales; los principios que en cualquier campo se conquisten, no deben ser patrimonio exclusivo de un solo pueblo o de una sola raza, ni de un solo contingente, sino que debe hacerse legado de ellos a la humanidad toda para el logro de la eterna aspiración que es el progreso moral y material de las naciones.

...La Revolución de México, por obra de su desenvolvimiento, más extenso de lo que en un principio se creyó, ha llegado a la posesión de convicciones que la atan, de modo inquebrantable, a problemas colectivos, no solamente desde el punto de vista nacional, sino continental y hasta universal.

En el fondo de todo acontecimiento que ensangrienta y debilita a un pueblo, en el oscuro caos donde se gestan las tragedias múltiples de la guerra, siempre existe, latente, brutal, definido, un origen de justicia, factor que entorpece y que evita la llegada de una paz fuerte por la fortaleza de sus propias virtudes, fraguadas a base de la salud espiritual...

En los conceptos que he transcrito, va una clarinada de paz universal que lanza el caudillo de la Revolución mexicana.

Es el germen de una nueva simiente que avienta al espacio y que ha de fructificar tarde o temprano.

Son los grandes intereses militares los que llevan a las naciones a la guerra y mientras esos intereses existan, la guerra será constante amago a la humanidad.

Ésa es la primera voz potente precursora de una nueva era. La lanza el señor Venustiano Carranza desde México y su eco han de escucharlo nuestros propios antípodas: en el Asia, en Rusia...

La primera piedra de la Revolución social del mundo está clavada en nuestro suelo patrio.

Triunfante la Revolución, hizo cristalizar el esfuerzo colectivo, el lema de la lucha: Constitución y Reforma, plasmándolo en la Carta Magna del 5 de febrero de 1917.

Ahí quedaron grabados los anhelos de los luchadores, los ideales fertilizados con la sangre de los que cayeron en los campos de batalla.

Enseñanza laica.

Incapacidad de los ministros de cultos para establecer escuelas.

Libertad de pensamiento.

El artículo 27 constitucional, resolviendo la cuestión agraria de la república de una manera precisa y terminante: repartición de tierras a los campesinos, creación de nuevos centros de población agrícola, propiedad nacional del subsuelo, expropiación de latifundios por causa de utilidad pública conceptuándose en tal caso el derecho natural del paria sobre la tierra.

Bases firmes para la legislación sobre el trabajo de los obreros: jornada de ocho horas; descanso semanario; supresión de las tareas físicas para la obrera en los últimos meses del embarazo; salario mínimo; habitaciones higiénicas para los trabajadores; escuelas, enfermerías, mercados; supresión de las tiendas de raya; prohibición de casas de juego; responsabilidad para los patrones por accidentes del trabajo o enfermedades contraídas a resultas del mismo; derecho para formar sindicatos; derecho de huelga; tribunales para conocer de los conflictos entre el capital y el trabajo.

El artículo 123 constitucional pasa a la historia redimiendo al obrero definitivamente.

Abolición de los monopolios.

Inhabilitación total para que el que haya sido presidente de la república pueda reelegirse.

Establecimiento efectivo del municipio libre en todo el territorio nacional.

Los que lo conocimos en la intimidad, apreciamos en todo su valer los múltiples detalles de su vida política, de su vida pública y privada y nos dio el convencimiento del hombre fuerte y puro, justiciero y patriota, honrado y leal, valiente y reposado, enérgico y tenaz, sobrio y estoico, callado y firme, progresista y culto, paternal y respetable. Honesto hasta la exageración.

Pudo haberse enriquecido hasta el colmo, en sus manos estuvo el país entero y jamás lo hizo, prefirió seguir viviendo con la misma modestia de antes y morir sin poder legar a sus hijos ni siquiera una casa de más de lo que tenía allá en Cuatro Ciénegas, desde remotos tiempos.

En Chihuahua, de hombre a hombre, en agria disputa, se impuso a Francisco Villa.

Le obligó a obedecer y arrancó de sus garras al general Chao cuando estuvo a punto de ser fusilado por el famoso jefe de la División del Norte.

Los que lo conocimos en la intimidad, apreciamos en todo su valer los múltiples detalles de su vida política, de su vida pública y privada y nos dio el convencimiento del hombre fuerte y puro, justiciero y patriota, honrado y leal, valiente y reposado, enérgico y tenaz, sobrio y estoico, callado y firme, progresista y culto, paternal y respetable. Honesto hasta la exageración.



Maravillosa apariencia de la silla presidencial a Juan Diego el 12 de enero de 1858.

En la postrera jornada, en el calvario doloroso del final de su vida, cuando le faltaron los amigos, cuando las circunstancias le fueron adversas, cuando la tormenta abatió su penacho, fue el mismo, el que siempre había sido: entero, fuerte, seguro de sí mismo, con la misma fe de cuando derrotó a Huerta y cuando deshizo a Villa, con el mismo gesto estoico que lo peculiarizara.

Su vida privada de presidente de la república fue en todo semejante a la que llevara en su casa solariega de Cuatro Ciénegas.

Había en su persona un tinte majestuoso de solemnidad.

Parecía un patriarca: un patriarca justiciero, temible legislador, guerrero y socialista.

Precisa exponer, ya para finalizar esta plática, cuál fue la situación militar en el mes de mayo de 1920.

En la postrera jornada, en el calvario doloroso del final de su vida, cuando le faltaron los amigos, cuando las circunstancias le fueron adversas, cuando la tormenta abatió su penacho, fue el mismo, el que siempre había sido: entero, fuerte, seguro de sí mismo, con la misma fe de cuando derrotó a Huerta y cuando deshizo a Villa, con el mismo gesto estoico que lo peculiarizara.

Delante de una línea de tiradores fieles, cabalgando gallardamente frente al cerro de Rinconada ocupado por los infidentes de Mireles, fue blanco de las balas enemigas.

Cayó del caballo, muerto su fiel compañero y continuó desmontado, resistiendo impasible el peligro inminente del combate rudo.

Por la para él inhospitalaria Sierra de Puebla, caminando día y noche, huyendo del enemigo y seguido sólo por unos cuantos leales, tuvo el último gesto de autoridad en su vida, mandando retirarse de su lado a los heroicos cadetes de caballería del Colegio Militar que le habían sido fieles hasta lo último y que rehusaban retirarse de su lado. Estimó injusto el sacrificio inútil de aquellos jóvenes y prefirió quedarse solo para aguardar estoicamente el desenlace final.

Pero hagamos un poco de historia:

El problema de la sucesión presidencial había hecho crisis y un estado de rebelión se manifestaba ya claramente en Sonora, en donde se había rebelado el gobernador del estado Adolfo de la Huerta; en Guerrero, en donde se encontraba el general Álvaro Obregón resguardado por las fuerzas del jefe de las operaciones militares, general Fortunato Maycotte; en Texcoco, en donde se había refugiado el general Pablo González sublevando a las fuerzas que antes estuvieron a su mando directo y que guarnecían la parte sur del Estado de México, así como en los estados de Puebla, Morelos y Oaxaca. Quedaban leales al presidente todas las demás fuerzas del ejército comandadas por los generales Diéguez en el norte, desde Guanajuato hasta Chihuahua; Murguía en el noroeste hasta Tampico, y Cándido Aguilar en el estado de Veracruz. La capital y sus puntos intermedios estaban guarnecidos por las fuerzas de la División Supremos Poderes.

Don Venustiano nunca pensó que el general Pablo González fuera en armas contra él. Cuando, previendo que aquello pudiera suceder, le sugerí la conveniencia de relevar del mando a los comandantes de tropas que habían pertenecido al general González, me replicó al instante:

—No es necesario hacer eso, don Pablo podría estar distanciado de mí, pero nunca irían sus fuerzas en mi contra.

La rebelión había estallado potente en el estado de Sonora y el levantamiento del general Obregón en Guerrero le daba más fuerza aún. Con todo, el señor Carranza confiaba en poder dominar la revuelta contando con la lealtad de las demás fuerzas del ejército. Sería una campaña larga, pesada, difícil, que quizás hasta podría perderse,

pero no constituía ello un peligro inmediato que amenazara un derrumbe rápido del gobierno. Se presentaba una época penosa y ruda, y los ánimos estaban dispuestos para la nueva lucha. El golpe decisivo al gobierno lo proporcionó el general Pablo González levantándose en armas con sus fuerzas en los precisos momentos en que más falta hacían aquéllas y con ocasión de que guarnecían puntos estratégicos del valle de México, poniendo en jaque a la capital de la república.

El general Francisco Murguía había sido llamado violentamente desde Tampico para hacerse cargo de las operaciones en el valle de México. Arribó solo con su escolta y rápidamente se le había organizado una columna de caballería con la que salió a operar contra los infidentes pablistas sobre la vía del ferrocarril mexicano, camino por el que pensaba el señor Carranza, en caso dado, evacuar la ciudad de México.

La defección de las fuerzas que guarnecían los alrededores de la capital obligó a la evacuación. Ésta se acordó efectuarla el día 7 de mayo a las 7 de la mañana; podría haberse efectuado hacia el norte, Coahuila o Nuevo León, batiendo a un enemigo posesionado ya de Empalme Escobedo, lo cual se habría logrado con éxito seguro; pero el señor Carranza dispuso que se saliera rumbo a Veracruz, en donde era jefe de las operaciones militares el general Cándido Aguilar y tenía a sus órdenes a sus antiguos subordinados de la Primera División de Oriente, que siempre mandó: Guadalupe Sánchez, Adalberto Palacios, Antonio Portas, Liberato Lara Torres, etcétera.

Sumaban aquellas fuerzas doce mil hombres, habilitados a la campaña y bien pertrechados.

Debían evacuar la ciudad de México, además del Ejecutivo, la Suprema Corte de la Nación, la Comisión Permanente del Congreso de la Unión, las Secretarías de Estado y, naturalmente, la Tesorería de la Federación con todos sus fondos. La infantería de la Guarnición de la Plaza se mandaría a bordo de convoyes del ferrocarril y la caballería, por tierra, sirviendo de guardaflanco, pues el enemigo más cercano estaba en Texcoco al mando del general Pablo González. Al Colegio Militar, recién inaugurado, considerando que eran individuos jóvenes, de procedencia civil, se les dejó en libertad de salir o no, en el gobierno que se veía obligado a migrar. Unánimemente todos los educandos, llevando el dictado de su deber, optaron por partir.

Todo estaba perfectamente dispuesto y ordenado, pero las circunstancias reinantes hicieron fallar a muchos jefes. La caballería que debía estar a tiempo para la evacuación, no se presentó; conductores y maquinistas de los trenes los abandonaron y hubieron de salir los trenes tripulados por garroteros, habilitados de conductores y fogoneros, de maquinistas.

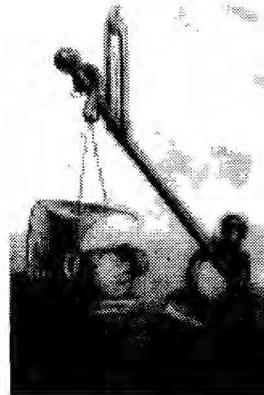
El enemigo ya llegaba por San Lázaro. Una máquina local fue lanzada sobre uno de los convoyes que salían en la Villa de Guadalupe causando, con el choque, numerosas muertes de soldados. La artillería no pudo ya salir.

Se habían perdido muchas fuerzas, pero aún quedaban unos cuatro mil hombres para pelear y abrirse camino a Veracruz.

Comenzó la odisea. El mando militar de aquellas tropas leales lo llevaba el aguerrido general Francisco Murguía.

Los trenes caminaban lentamente. Lo que podía haber sido un viaje de horas, fue un largo bregar de días.

La rebelión había estallado potente en el estado de Sonora y el levantamiento del general Obregón en Guerrero le daba más fuerza aún. Con todo, el señor Carranza confiaba en poder dominar la revuelta contando con la lealtad de las demás fuerzas del ejército.



Peso y contrapeso.

No se movía del sillón en que reposaba; ni un músculo de su rostro se contraía; ni la más leve alteración de su voz demostraba el más pequeño temor, no obstante los terribles instantes que estaban transcurriendo y a pesar de que ya una lluvia de balas caía sobre el tren, procedentes de los que estaban en los cerros de nuestra derecha, ya coronados de infantes que empezaban a descender hacia nosotros.

Se combatió en Apizaco, con buen éxito, en San Marcos, en Rinconada y en Algibes.

Hasta allí, hasta la misma estación de Algibes, y a punto de llegar a las Cumbres de Maltrata del estado de Veracruz, había estado la vía férrea en buenas condiciones; pero de allí en adelante había sido levantada y se imponía abandonar los trenes; era indispensable requisar violentamente bestias de carga para continuar la marcha por tierra, llevando por lo menos el tesoro nacional y las municiones de reserva. Se tenía enfrente a un enemigo con quien no se contaba, compuesto por las fuerzas que se suponían al mando del general Cándido Aguilar, pero que le habían desconocido ya y se habían unido a los rebeldes. Contra ellos se había combatido con buen éxito el primer día. Además, por la retaguardia avanzaban en trenes procedentes de México, fuerzas pablistas en considerable número.

Se empezó a desalojar los trenes para preparar la marcha por tierra, en el segundo día de Algibes, cuando se presentó otra vez, ya rehecho el enemigo, derrotado el día anterior. Esta vez el empuje de él fue más fuerte y la resistencia más débil, por la coincidencia fatal del abandono de los trenes.

El desastre fue inminente.

Estábamos definitivamente perdidos.

Ante lo inevitable de la situación pensé yo en el presidente, en salvarlo a toda costa con la premura del caso.

Llegué hasta la plataforma del carro presidencial en que se le alojaba.

Tranquilamente el señor Carranza estaba sentado en uno de los sillones del hall del carro y observaba impertérrito al través de los cristales de las ventanillas, el desorden inusitado y el pánico reinante. En nada se alteraba su tranquila faz.

Estaba solo.

Sin desmontar le dije desde afuera:

—Señor, estamos perdidos; esto no tiene ya remedio. Hay que escapar, desde luego, dentro de unos momentos tenemos ya al enemigo aquí mismo. Salga usted.

—No —me contestó, sin la más leve emoción, con la lentitud que siempre ponía en sus palabras —el general Murguía va a organizar las tropas para rechazarlos. No salgo yo de aquí.

—Señor —imploré—, salga usted antes de que sea ya tarde. Ni el general Murguía ni nadie podrá ya organizar las tropas. El pánico se ha apoderado de todos, es completamente imposible.

—No salgo, aquí me quedo.

No se movía del sillón en que reposaba; ni un músculo de su rostro se contraía; ni la más leve alteración de su voz demostraba el más pequeño temor, no obstante los terribles instantes que estaban transcurriendo y a pesar de que ya una lluvia de balas caía sobre el tren, procedentes de los que estaban en los cerros de nuestra derecha, ya coronados de infantes que empezaban a descender hacia nosotros. Algunos proyectiles botaban siniestramente en las ruedas del carro presidencial y otros más cercanos daban en el barandal dorado de la plataforma.

El general Murguía llegó presuroso y, al igual que yo, pidió al presidente que accediera a salvarse.

La desbandada era notoria. El enemigo ya llegaba.

Por fin el presidente accedió a bajar.

Se oía ya la gritería de los dragones enemigos. Las balas silbaban terriblemente en nuestros oídos con ese peculiar chirrido que hace encoger los hombros maquinalmente, como si con ello pudiéramos escapar mejor de la muerte.

—No tengo caballo; me lo mataron en Rinconada —dijo el señor Carranza.

—Aquí está el mío —le contesté rápidamente echando presto pie a tierra.

—¿Y usted?

—Tengo otro, señor, mírelo usted; —y le mostré el que llevaba de la mano mi asistente, única persona que me acompañaba ya.

Accedió a tomarlo.

—¡Rito! —grité a mi asistente—, detenle la silla del otro lado para que monte el señor presidente.

Montó.

Lejos de echar a caminar desde luego, dada la situación ya espantosa para todos nosotros, pero mucho más para él, se desmontó, diciéndole al asistente.

—Están cortas las arciones para mí, alárgalas un poco.

Para nada tomaba en cuenta la apremiante y espantosa situación. Tal Parecía que iba a dar su acostumbrado paseo diario a caballo, allá en la capital.

Rito, experto o temeroso, en un instante arregló la montura.

Montó nuevamente el presidente.

Todavía el señor Carranza no se movía. Buscó con la vista hasta dar con Secundino, su asistente; al verlo cerca de él le dijo:

—Mira, busca en mi camarote una petaca con papeles que tengo allí, tráetela tú mismo.

Después, dirigiéndose al general Murguía y a los contados que le acompañábamos, nos dijo:

—Ahora sí, vámonos.

Paso a paso, sin tomar siquiera el trote corto, él adelante, bajamos al terraplén de la vía férrea y tomamos la cercana cuesta arriba, camino del vecino rancho de Santa María.

Un grupo disperso de soldados de infantería nos precedía en tumultuoso desorden.

Una muchedumbre de civiles: hombres, mujeres y hasta niños, se arremolinaba en la casa de la hacienda pugnando por tomar acomodo en ella.

Uno de los trenes empezaba a arder, incendiado por alguno de sus ocupantes.

El fuego enemigo menguaba.

La gritería de los vencedores se escuchaba claramente.

El sol del mediodía se clavaba vertical en la arena plateada de la cuesta por donde caminábamos.

Íbamos a paso lento, como si lleváramos sobre nuestras espaldas toda la enorme carga de nuestro infortunio.

Nos salió al encuentro el Escuadrón de Caballería del Colegio Militar; su jefe, el coronel Casillas, respetuosamente me pidió órdenes.

—Con su Escuadrón sirva usted de escolta al presidente de la re-

Se oía ya la gritería de los dragones enemigos. Las balas silbaban terriblemente en nuestros oídos con ese peculiar chirrido que hace encoger los hombros maquinalmente, como si con ello pudiéramos escapar mejor de la muerte.



Señores: la patria es Jauja, los mejicanos todos son felices, el congreso ha cumplido con todas sus consignas y desde esta tribuna os aseguro que la política de mi querido ministro os hará dichosos. Amén.

Había terminado en Algibes toda acción militar formal de las fuerzas del gobierno. De allí para adelante era una franca huida hacia la Sierra de Puebla, con la esperanza de poder salir de aquel cerco, y llegar al norte del país para rehacer el gobierno.

pública —le dije. Y se incorporó el brillante conjunto de aguerridos y leales muchachos a la retaguardia de nuestra menguada columna de fugitivos.

El rancho de Santa María estaba atestado de soldados de Infantería, nuestros; algunos trataban de reorganizarlos. No nos detuvimos. Pasamos por en medio de ellos.

Desde la altura en que se encuentra el lugarejo vimos cómo renacía la calma en el campamento que habíamos abandonado y cómo se apiñaban los vencedores en derredor de los desiertos trenes.

Por el lado de Rinconada se veía ya claramente el humo de los trenes enemigos procedentes de México y gruesas polvaredas sobre la vía, levantadas de seguro por la caballería que aquel punto llegaba a cooperar con los vencedores.

Bajamos la pequeña altura de Santa María; perdimos de vista para siempre el teatro de nuestra derrota, de nuestra magna y triste “debacle” y proseguimos la huida cuesta abajo rumbo a San Miguel Malpáis y a Pozo de Guerra.

Marchábamos, cabizbajos, taciturnos, desfallecidos y moralmente agotados; maquinalmente, sin ánimo ya de nada, sin pronunciar palabra, con el gesto sombrío y paso a paso, sin prisa alguna por escapar.

En cada rostro de los fugitivos se veía el desaliento infinito, la impotencia, el dolor, la desesperanza. Los cuerpos abandonados sobre las monturas dejaban que los caballos buenamente caminaran hasta donde fuera posible. Sólo el presidente, el primer jefe Carranza iba erguido en su caballo, majestuoso, impertérrito, altivo y digno en su porte, aunque quizás dolorido en su corazón; caminaba a la cabeza del corto grupo sin demostrar el más leve disgusto, el menor temor, ira o desconsuelo; callado, digno, severo; como una bandera, como un símbolo.

Había terminado en Algibes toda acción militar formal de las fuerzas del gobierno. De allí para adelante era una franca huida hacia la Sierra de Puebla, con la esperanza de poder salir de aquel cerco, y llegar al norte del país para rehacer el gobierno. Solamente el presidente Carranza, seguido por unos cuantos militares y civiles y escoltado por unos 30 hombres del general Heliodoro Pérez y por el Escuadrón Escuela de Caballería del Colegio Militar, al mando del Coronel Rodolfo Casillas.

Fueron noches y días de penoso caminar en tierra inhospitalaria, perseguidos por fuerzas de caballería de los victoriosos.

20 de mayo de 1920.

Tlaxcalantongo.

Acto final del drama. Escenario amplio, imponente, apropiado para la última escena de un hombre también grande e imponente.

Noche tempestuosa cargada de elementos y de pasiones.

Noche, negra, propicia a la traición y al crimen.

Así se llegó hasta la fatídica noche del 20 de mayo de 1920, en que fue asesinado el que fuera primer jefe del Ejército Constitucionalista y presidente legal de la república.

Efectivamente, fue asesinado. No se suicidó como algunos de sus enemigos dieron en decir.

Para destruir por completo aquella falsa versión, basta leer el certificado de la autopsia que practicó al cadáver del señor Carranza, el médico Carlos Sánchez Pérez, expedido en Villa Juárez, Puebla, el día 22 de mayo de 1920. Describe en él con detalle la trayectoria de cinco heridas de arma de fuego que “por sí solas y directamente causaron su muerte”.

A mayor abundamiento, la familia del prócer conserva el corazón de aquel gran hombre y esa víscera no fue lesionada.

A raíz de la muerte del señor Carranza, fuimos presos y enjuiciados varios de sus acompañantes. Pesaban sobre nosotros un sinnúmero de procesos; se nos trató con sumo rigor y mala voluntad manifiesta. Largos meses, más de medio año, duró nuestro cautiverio.

Los generales Francisco Murguía, Federico Montes, Juan Barragán y yo, teníamos que responder del más grave para nosotros: el delito de falta de espíritu militar, por no haber sabido defender al presidente de la república. No fueron procesados, ni mucho menos apresados, los asesinos efectivos de él, ni los que antes lo abandonaron, ni mucho menos los que siendo militares en activo fueron contra el legítimo mandatario.

De los cuatro que teníamos que responder de tan grave cargo, el general Juan Barragán logró escapar de la prisión. Larguísimo fue el proceso, pero al fin y al cabo la Suprema Corte de Justicia de la Nación declaró por unanimidad que la noche de los acontecimientos no hubo combate y no habiéndolo lógicamente no podía haber falta de espíritu militar.

Fuimos absueltos.

Murió don Venustiano Carranza, siendo presidente de la república. Su vida fue ejemplar, su honestidad manifiesta.

Cayó solemne y digno como el roble de la montaña que abate el huracán.

Su cuerpo fuerte y su porte austero cayeron para siempre en la última jornada de su vida.

Los honores fúnebres del presidente de la república que le correspondían, no los tuvo su cadáver.

Unos indios, humildes labriegos, con gusto cargaron sobre sus robustos brazos el cuerpo del jefe y, amorosos, lo cubrieron con un lienzo de burda manta tricolor.

En los jacales del paso, enlutaron los horcones de las enramadas con trapos negros.

Los obreros de Necaxa y Huauchinango, respetuosos y contritos, doloridos y llorosos, depositaron flores silvestres sobre el cuerpo del caudillo.

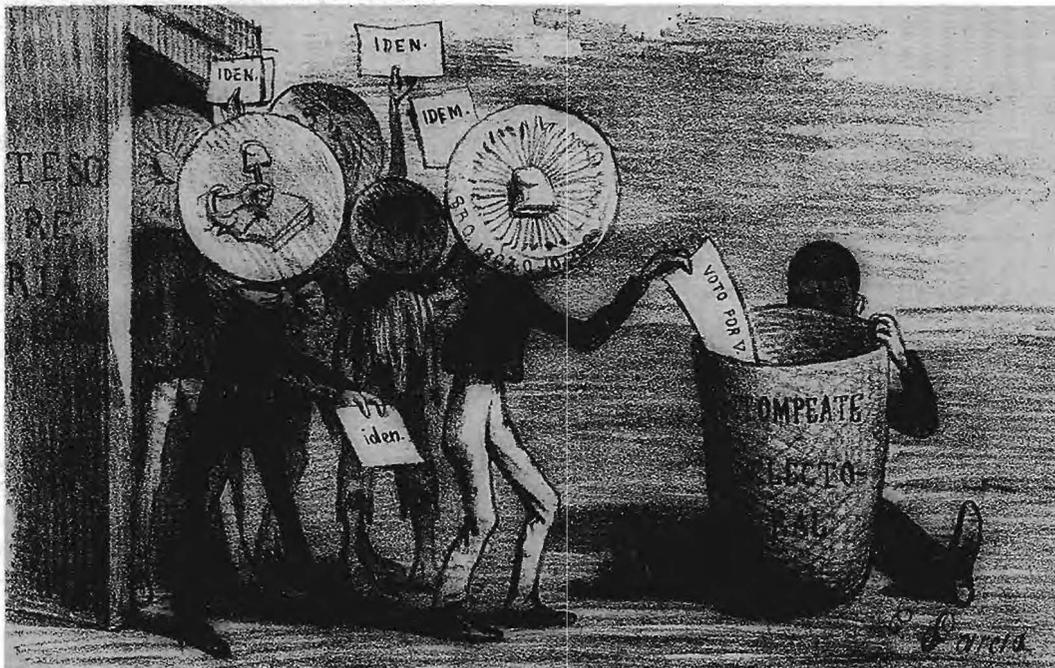
El pueblo proletario lo acompañó, aquí en la capital hasta la pobre fosa en el Panteón de Dolores, en que descansó inicialmente y el mismo pueblo, soberano y justo, convertido en orfeón gigantesco y espontáneo, cantó en honor de aquel gran caído, el Himno Nacional de nuestra patria.

A raíz de la muerte del señor Carranza, fuimos presos y enjuiciados varios de sus acompañantes. Pesaban sobre nosotros un sinnúmero de procesos; se nos trató con sumo rigor y mala voluntad manifiesta. Largos meses, más de medio año, duró nuestro cautiverio.



El espejo de la conciencia pública.

FÁBRICA DE ELECCIONES. "EL VOTO DEL PUEBLO".



C. García, *La Pluma Roja*, 20 de septiembre de 1867.